

## Bellas Artes.

### SOBRE LA CONSERVACION

DE LOS

## Monumentos de Artes.

Si bien el gobierno ha tomado providencias generales para la reunion y recoleccion de los monumentos de artes, preciosísimos muchos de ellos y de la mayor importancia, que encierran los monasterios y conventos suprimidos, creemos de nuestro deber hacer serias reflexiones y aun dar oportunos avisos para que, aunque se observen exactamente las instrucciones del gobierno, no se menoscaben, se estravien ó se arruinen totalmente muchos objetos de arte. La esperiencia nos ha hecho ver, en las pasadas épocas, cuanto se han eludido las providencias del gobierno; alguna culpa han tenido las autoridades y gefes de provincia, entre los cuales, pocos son los que dan mucha importancia á estas cosas y los que tienen toda la cultura necesaria para apreciar lo bello, aunque adornados por otra parte de otros talentos y méritos útiles al estado.

¡Cuántas veces hemos visto preciosos lienzos, excelentes esculturas, codices y miniaturas interesantísimas en libros de coro, llegar al lugar del depósito enteramente arruinados! Las bellas producciones del cincel de los Berruguetes, de los Siloes y de aquella gran escuela, mutiladas sus manos y cabezas; faltos de hojas y de sus preciosas miniaturas aquellos magníficos salterios, y aquellos curiosos manuscritos que constituian en un tiempo una de las principales alhajas de las familias y se ofrecian *pro salute animæ suæ* al pie de los altares. Ni se limitaban á esto los inconvenientes de ciertas medidas. La mayor parte de los recolectores de tales preciosidades, ignorantes del

TOMO II.

mérito y de otras cualidades de alto interes para la historia nacional y para la de las artes, abandonaban á la intemperie y á su destruccion objetos antes, por fortuna tal vez, ignorados y abandonados.

No se crea por esto que todos los que se llaman pintores, escultores y arquitectos sabrian remediar tamaño inconveniente. ¡Cuántos en estos años pasados, sobre todo en algunas provincias, hemos visto, con mano sacrílega, borrar y sustituir con sus groseros pinceles producciones sobre-humanas, aunque selladas por la mano destructora de los siglos!! ¡Cuántas estatuas desterradas á los sótanos, mutiladas y aun calcinadas, para reemplazarlas con informes y ridículas efigies, ¡Cuánto arquitecto indigno de este nombre, maestro de obra, tallista y demas (*Servum pecus*), por haber apenas comprendido un miserable manual de Vignola, sustituir detestables altares á la moderna para arrinconar los antiguos y los sepulcros suntuosos, y otras antiguallas venerables! ¡Cuántos, cuántos trozos de entablamientos, columnas, pedestales y otros objetos labrados en piedra con indecible primor hemos visto picados, estropeados y desfigurados para servir de poyos, de pavimentos, y de escalones!!!

No pocos profesores, aun entre los mas distinguidos, han desconocido el mérito é interes que encerraban un gran número de objetos de artes. El sistema de escuela en que se educaron ha contribuido á hacérselos despreciar, con gran detrimento de las artes. Es bien sabido que muchísimos monumentos preciosísimos, pues que conservaban retratos de nuestros héroes, que nos podian servir de segura tradicion para conocer nuestros antiguos trages, usos y costumbres; que nos revelaban el estilo, escuela y mecanismo del arte; y en fin, podian servir de guia para calificar é ilustrar otras obras de mayor interes han sido desechados, abandonados y han perecido porque aquella manera gótica no era del gusto de los profesores ni de los que inspeccionaban tales objetos.

Esta ruina se ha hecho sentir no solo respecto de los monumentos pertenecientes al estado ó á regulares; se ha extendido tambien hasta muchos



particulares que, avergonzándose de tener aquellas *antiguallas* en su casa, mandan repararla y reformarla *al gusto del día*, y bien pronto los elegantes dinteles, ménsulas, bajo-relieves y demás adornos que esculpieran, cuando menos, los discípulos de los *Egas*, de los *Virgarnis*, de los *Siloes* y *Berruguetes* desaparecían en breve y servían, después de picados y arrasados, para escalones.

Menos codicia é ignorancia y mas noble independencia en los maestros de obra hubieran podido salvar estos preciosos restos de nuestros insignes artistas, pues no es de presumir que los propietarios hubieran despreciado hasta tal punto las buenas razones que debieran alegar para su conservacion. (1)

La poca vigilancia y ninguna honradez en algunos de los empleados y depositarios de tales objetos que podían salvarse del citado vandalismo, es otra plaga que todos los amantes de nuestra patria y de las artes deben lamentar. Entre el círculo de los que creen, que las bellas artes no es objeto que merezca la menor atención en una nación cuando la rodean otros peligros mayores, apenas pasa día que no se oiga hablar de adquisiciones de pinturas, de libros y de alhajas inestimables, y de otros objetos que en general codician muchos extranjeros que circulan en todas direcciones.... ¿A qué otra causa puede atribuirse el haber desaparecido, aun después de la guerra de la independencia, de los castillos y palacios de nuestros próceres, tantas preciosas armaduras que, aunque no estuvieran, como estaban muchas cinceladas por los *Cellinis* y otros buenos artistas, debían los españoles conservar con noble orgullo y recrearse en aquellos trofeos de la gloria y del valor de sus abuelos? (2)

(1) De todo lo que en este artículo se declama pudiera hacerse una nota exacta que llenaría un libro en folio, y sería muy odioso é inútil citar mas que los hechos.

(2) En un periódico francés de estos últimos meses se hacía mención, de las muchas joyas y piedras preciosas que circulan en comercio por Italia pertenecientes á los monasterios y otras comunidades de Cataluña.

No se alucinen pues las autoridades que ven conducir numerosos carros de cuadros, esculturas y grandes in folios que hacen sudar á tanto ganapan para depositarlos en bien preparados salones. El mejor cuadro, la mas linda y manuable escultura habrá desaparecido ya.... y á no ser por su gran dimension ó celebridad, pocas obras de escultura ni de pintura podrá reunir el celoso gefe que desee plantear un buen museo provincial; ni busque el instruido y docto bibliotecario que trate de formar una biblioteca, tan necesaria en cada capital de provincia, mas que las obras del *Tostado* del de *Luca*, de *Barbosa* y otras muchas casi todas de este jaez.

Sería pues muy necesario que el gobierno aplicase el oportuno remedio á los indicados peligros, enviando á las provincias, y comisionando en ellas á los buenos profesores que hubiera, dotados de instruccion, probidad y decididamente amantes del arte. Estos deberían recorrer (en las provincias en que fuera posible) todos los conventos y monasterios, sobre todo, los que están en despoblado; dirigir la traslacion ó transporte de los objetos ó admovibles: indicar las providencias necesarias para la conservacion de algunos objetos inmuebles como algunos altares de mérito, silleras de coro, sepulturas y depósitos antiguos y otras muchas cosas interesantes, que tal vez pasando á poder de arrendatarios ú otros poseedores, se menoscaban ó absolutamente se destruyan para formar viviendas ó almacenes, etc. Algunos literatos y personas doctas serían tambien de infinita utilidad, pues además del auxilio que podrían prestar á los artistas, atenderían á las librerías y otros objetos científicos, podrían conservar ó trasladar los escritos, lápidas, inscripciones ó epitafios curiosos é interesantes, ya que por desgracia han quedado tan pocos.

Nos estenderémos en otro artículo sobre la consideracion y cuidados que merecen del gobierno muchos monasterios y ermitas célebres y antiguas, particularmente en despoblado, cuyo deterioro ó destruccion sería de mucha pérdida por el carácter de arquitectura en que están contruidos, y por los muchos trozos que contienen preciosísimos para la historia del arte en España.—V. C.



## HISTORIA DEL ARTE.

## LEONARDO DE VINCI,

*Pintor florentino.*

## ARTICULO SEGUNDO.

No tratamos de enumerar aquí todas las obras de Leonardo durante su permanencia en Milan; pero hay algunas que por su importancia no deben pasarse en silencio. — Tal es la del canal del Ada, emprendida algunos años antes, y abandonada por las dificultades que su ejecución ofrecía. Leonardo se encargó de este canal haciendo nuevos gastos, y lo llevó á cabo; construyó asimismo acueductos para conducir el agua á muchas ciudades que carecían de ella. También hizo algunos trabajos en arquitectura, y levantó el delicioso pabellon de los baños de la duquesa. Aun se citan algunos cuadros de iglesia pintados en esta época; algunos retratos, entre otros los del duque y la duquesa, de cuerpo entero, cada uno con uno de sus hijos.

Leonardo seguía siempre ocupado en su estatua; era esta tan colosal que aseguraban sus rivales sería imposible vaciarla en bronce, fuera de que sería menester una cantidad de metal demasiado grande. Conocía muy bien que tales gentes estaban decididas á emprenderlo todo con tal de impedirle su feliz éxito, y resolvió no fiarse de nadie. Habiendo sido director del arsenal, tuvo ocasión de hacer numerosas esperiencias sobre la metalúrgia y la fundición de cañones y bombardas, cuyas formas variaba para obtener diferencias en el calibre de la pieza ó en el efecto del proyectil. Para ponerse al corriente de todas las operaciones de la fundición de las figuras, frecuentaba los talleres de los fundidores, y después de haber observado hasta los menores detalles, se presentó al duque diciéndole, que él mismo se en-

cargaba de fundir su grande estatua, que la vaciaría de una sola vez, y que emplearía la mitad menos de metal que necesitaria qualquier otro vaciador.

El modelo de greda estaba terminado, y era, según todos los que lo vieron, la obra mas perfecta y bella que puede imaginarse. Pero cuando Leonardo se preparaba á fundirla, los franceses amenazaron el ducado. Luis XII se apoderó de Milan, y, á fuer de digno monarca ultramontano, entregó este *capo d'opera* á sus arqueros para que se adiestrasen sirviéndoles de blanco.

Volvió Leonardo á Florencia. — Supo, á su llegada, que los frailes servitas habian escogido á Filippino para pintar el altar mayor de la Anunciación; y casualmente acertó á decir que él se hubiera encargado gustoso de la obra. Filippino, á cuyos oídos llegaron estas palabras, fue inmediatamente á suplicar á los frailes que se la ofrecieran, manifestándoles juntamente que un hombre como Vinci no podia contentarse con las mismas condiciones que él. — Ofrecieronle, pues, un precio considerable y una habitacion en su convento para él y toda su familia. Hizo Leonardo al punto un carton, que le entretuvo por largo tiempo; así que fue terminado, adquirió una gran reputación; hombres y mugeres, jóvenes y ancianos, todos acudían á verlo: sucedía lo que en las mas solemnes fiestas, y durante muchos dias todo el pueblo admirador se aglomeró delante de la obra del artista.

Tan admirablemente habia presentado la cabeza de la Virgen en su modesta y cándida belleza: habia adivinado el amor tierno y puro de la madre unido al tímido pudor de la Virgen; María sosteniendo en ambas manos á su hijo vuelve su lánguida mirada al niño San Juan que juega con un cordero; Santa Ana se goza en esta celestial mirada donde lee la predestinación de su hijo. — El Salai, ó algun otro de sus discípulos, bosquejaba el cuadro por cartones severamente trasladados, y el Vinci lo concluía en seguida. Algunos de estos cartones se han conservado y en el día son tan estimados como la pintura misma.

Hacia este tiempo, César Bórja, aliado de la república florentina, le propuso, por medio de

\*



embajador que á dicha república mandaba, el encargarse del mando de su artillería y dirigir el sitio de muchas plazas fuertes, de las cuales pretendia apoderarse durante la separacion de las armadas francesas.

El éxito glorioso de Leonardo sobrepusó las esperanzas de César, y en señal de su reconocimiento le nombró ingeniero general en diversas cartas que hemos logrado haber á las manos. Semejante nombramiento en la vida de un pintor es un acontecimiento rarísimo en la mezquina opinion que nuestros inmediatos predecesores han llegado á hacer formar de los artistas al público de nuestros dias; por lo cual creemos deber aqui traducir literalmente dicho documento:

«CESAR BORJA DE FRANCIA, por la gracia de Dios,  
 »duque de Romanía y de Valence, príncipe de Hardria, señor de Piombino, etc., porta-estandarte  
 »y capitan general de la Santa Iglesia Romana:  
 »A todos nuestros lugartenientes, alcaides,  
 »capitanes, condotieros, oficiales, soldados y vasallos, y á todos los que las presentes leyeren ó  
 »entendieren mandamos; que á nuestro muy  
 »excelente y muy querido arquitecto particular é ingeniero general, Leonardo de Vinci,  
 »portador de las presentes, comisionado por Nos  
 »para examinar las plazas y castillos de nuestros  
 »estados, para que pueda hacerlo segun mejor le  
 »conviniere y segun las exigencias de los lugares,  
 »le reciban amigablemente, agasajando á él y á  
 »los suyos, y les permitan ver, medir y tasar todo  
 »lo que él quisiere; y para esto envíen hombres á  
 »su encuentro y le den toda la ayuda, asistencia  
 »y favor que reclame, queriendo ademas que  
 »para los trabajos que hayan de hacerse en nuestros dominios todo ingeniero quede obligado á  
 »conferenciar con él y conformarse con lo que  
 »determine. Nadie espere contravenir á esta orden sin incurrir en nuestra desgracia.

»Dado en Pavía, el diez y ocho de agosto del  
 »año mil quinientos, segundo de nuestro ducado.

»FIRMAT CESAR.

»Por orden de nuestro ilustrísimo Sr. Duque,

»A. BASYL.

»F. MARTIUS.

No se sabe á punto fijo el número de años que permaneció Leonardo de Vinci al servicio de César Borja; pero lo cierto es que estuvo mucho tiempo, renovando el sistema de fortificacion de muchas plazas segun los apuntes anotados en sus escritos, y practicando sus teorías para proteger las fortificaciones contra los destrozos de la artillería.

En Florencia se nos presenta nuevamente como pintor y arquitecto, y cada una de sus obras le vale nuevos triunfos; pero ninguna le hizo tanto honor como el retrato de Ginebra, hija de Américo Benci, y el de Mona Lisa, muger de Francisco Giocondo. Este último se halla en Francia en el museo del Louvre, pero Leonardo jamas lo consideró como terminado, y en su vejez solo las repetidas instancias del rey de Francia pudieron sacarle de su estudio, habiéndoselo antes pagado en cuatro mil escudos, suma que en nuestra época representa una cantidad cuatro veces mayor.

Todos hablaban de él en la ciudad, y preguntaban que grande obra se le podria dar en la que desplegara su talento entero, dejando un monumento de su ciencia y de su genio. Por un decreto público, se prometieron á Leonardo trabajos en el palacio del gran Consejo, reedificado por Juliano de San Gallo, y el gonfalonero Pedro Soderini, comisionado para entenderse con él del mejor modo posible, le ofreció la decoracion de la sala misma del consejo. Tomó Leonardo su argumento de la historia contemporánea; representa una carga de la caballería mandada por el capitan Niccolo Piccinino, cuya principal escena es la encarnizada y valerosa defensa de una bandera. Aun en la misma eleccion del asunto encontró ventajas, porque debiendo poner en movimiento una multitud de caballos en todas las actitudes posibles, los estudios que habia hecho para la estatua de Francisco Sforza le daban mas capacidad para su asunto que ninguno de sus contemporáneos tenia. Nadie mejor que Leonardo podia representar la accion de tan bello asunto; asi es que el carton de este cuadro, que ha existido largo tiempo en Florencia, siempre ha pasado por una de las mejores obras del arte que han existido en el



mundo. Merced al esclarecido gusto en las bellas artes que caracteriza á los vecinos ultramarinos de la Francia, nadie de nuestros tiempos podrá formar una opinion personal de este *capo d' opera*; pues que engañando la buena fé de los generosos florentinos que abren sus puertas á todo artista ó simple curioso advenedizo, han ido á despedazar este carton, llevándose quien una cabeza, quien un brazo ó una pierna; de suerte que estos preciosos fragmentos se hallan ahora enterados con una porcion de objetos mecánicos ó de insípida curiosidad en sus antiguos feudos, severamente vedados á todos aquellos que podrian aprovecharse de estas cosas para sus estudios.

Y aun hay mas que vandalismo en este espíritu de conservacion egoista que roba un bajo-relieve al Parthenon, un sepulcro á Jumiéges, para resguardarlos del ala del tiempo, para sepultarlos entre una momia de Egipto y un marisco de los contrapuestos mares. Una obra artística es una propiedad pública; es la herencia de un talento que los siglos pasados legan al porvenir; y si la desgracia de nuestra organizacion social nos autoriza para adquirir tales obras á precio de oro, no es menos cierto que las robamos á todos aquellos que sacarian utilidades de ellas cuando las enterramos para nuestra estúpida contemplacion. Por lo demas, esta deplorable manía es la consecuencia natural del egoismo social admitido como principio por el gobierno inglés, y no es probable que se llegue jamás á arraigar entre nosotros el espíritu de aislamiento y los caprichos personales que le han formado en el suelo de los bretones.

Pero volvamos al asunto. No tardó Leonardo mucho tiempo en conocer que su posicion no era la misma que antes de su salida de Florencia. Grandes genios se desarrollaron durante su ausencia; algunos habian llegado á conducir el arte por otro camino. Encontró á Miguel Angel Buonarrotti en su mayor gloria, con bellísimas obras hechas y otras bellísimas obras comenzadas, y desde luego conoció que tal artista nunca consentiria en pasar por segundo en presencia de otro cualquiera que fuese. Y á pesar de que el Vinci era siempre el blanco del entusiasmo y de la veneracion de sus compatriotas, se le empezó á atacar bajo cuerda y

la polilla de adocenados no perdonó registro alguno para enemistarlos el uno con el otro y aprovecharse de su division: gente mediana que para darse alguna importancia en la lucha se obstinan en separar á los hombres de talento, nacidos para comprenderse, y emponzoñan y enconan á un antagonista que, libre de ellos, solo serviria de emulacion á los demas.

Con razon podia Leonardo quejarse de las calumnias que el conocido carácter de Buonarrotti no nos permite un instante imputarle: pero es cierto que para un hombre que en toda su vida no habia merecido reproche de ninguna especie, debia ser muy duro el verse acusar de haber engañado al gonfalonero Soderini en la cuenta de las sumas adquiridas por sus trabajos.

No bien llegó esta acusacion á sus oidos, reunió, ayudado de sus amigos, el total del dinero que habia recibido del estado, y en el mismo dia se lo mandó al gonfalonero. Este no quiso recibirlo; le manifestó que semejante acusacion jamas habia entrado en su pecho y que solo podia tener origen entre sus mas despreciables enemigos. Le instó para que renunciase al proyecto de abandonar á Florencia, haciéndole para detenerle todas las ofertas imaginables; pero previendo él que su permanencia le condenaba á una vida de desavenencias é intrigas, y por otra parte llegando á la vejez insistió en su determinacion. En efecto, no era su edad para renunciar á la paz y tranquilidad de ánimo que hasta entonces siempre habia gozado en su estudio.—(Se continuará)



\*\*\*



## IMITACION

del episodio

## DE ORFEO.

Illa quidem dum te &amp;c.

VIRGILIO.

Mientras la jóven con veloz carrera  
 Anhelaba librarse, inadvertida  
 Una serpiente holló de la ribera  
 Entre las altas yerbas escondida.  
 A la voz de las ninfas lastimera  
 De los montes tembló la cumbre erguida,  
 Lloró el Pangéo, el Ródope eminente,  
 Y de Rheso la tierra armipotente.

Y la ateniense Orithia y los raudales  
 Del Hebro lamentaron á la hermosa;  
 Y dieron muestras de dolor iguales  
 Los duros Getas con la faz llorosa.  
 Él solo con su cítara sus males  
 Templando en la ribera, dulce esposa,  
 Tu nombre al espirar la luz del día,  
 Tu nombre á la alborada repetía.

Bajando por el Ténaro que entrada  
 Ofrece á los recintos del Averno,  
 Á los bosques llegó con planta osada,  
 Dó reina lobreguez y espanto eterno.  
 Vió de los tristes manes la morada,  
 Y al que tiene del tártaro el gobierno,  
 Y aquellos pechos contempló, que en vano  
 Ablandar pretendiera el ruego humano.

Conmovidas del canto á la dulzura  
 Vanas sombras del reino del olvido,  
 Y espectros que gozaron la luz pura,  
 Iban en pos del mágico sonido.  
 Tal suelen de la selva en la espesura  
 Volar las aves al caliente nido,  
 Si cae la lluvia, ó si en los cielos arde  
 La estrella refulgente de la tarde.

Madres, esposos, héroes esforzados  
 Siguen los ecos de la blanda lira,  
 Vírgenes, niños, jóvenes llorados  
 Del caro padre ante funesta pira.  
 Con fango y cañas horridas cercados  
 Tiénelos el Cócito; en torno gira  
 La odiosa Estígia, y con revueltas nueve  
 Sus tristes ondas perezosas mueve.

Allí Megéra vivoras ciñendo,  
 Que ornan su cabellera con espanto,  
 Allí el palacio de la muerte horrendo,  
 Y el hondo abismo se pasmó del canto.  
 Sus tres gargantas el Cerbéro abriendo,  
 Absorto estuvo de placer en tanto,  
 Y la rueda paró donde su impía  
 Llama de Juno el amador expía.

Ya tornaba del Érebo triunfante  
 Y libre ya la dulce compañera  
 En pos venía del audaz amante,  
 Que leyes tales Hécate impusiera;  
 Cuando improvisó en malhadado instante  
 Ciego furor del Trace se apodera,  
 De piedad digno, si posible fuese  
 Que del Tártaro el Dios piedad tuviese.

El pie detuvo, y al tocar ufano  
 De la luz las mansiones; ay! vencido  
 Vuelve á su amor los ojos, y el insano  
 De la Diosa el precepto dá al olvido.  
 Su oferta entonces revocó el tirano,  
 El esposo su afán lloró perdido,  
 Y veces tres por el Cócito horrendo  
 Se oyó confuso pavoroso estruendo.

¿Quién, Orfeo, trocó nuestra ventura,  
 Esclama la infeliz, en duelo amargo?  
 ¿De dónde tal furor? la suerte dura  
 Mándame atrás volver; mortal letargo  
 Mis ojos adormece; ¡adios! oscura  
 Noche me envuelve en un silencio largo,  
 Y ¡ay! de tu lado para siempre huyendo,  
 Débiles hácia tí las palmas tiendo.

Dijo; y por el recinto cavernoso  
 Veloz se aleja y desaparece en breve,  
 No de otra suerte que si en globo undoso  
 Se eleva el humo por el aura leve.



Ni vió ya mas Eurídice al esposo,  
Que quiere hablar, y que la planta mueve,  
Asiendo, ¡esfuerzo inútil! con sus manos  
Fugaces sombras y fantasmas vanos.

No ya Caron por la laguna umbría  
El paso le concede ó se apiada:  
¡Ah! ¿Qué hiciera, ni el mísero dó iría,  
Por dos veces su esposa arrebatada?  
¿Con qué acento á los dioses movería?  
¿Con qué llanto á los manes? Sepultada  
Entretanto la ninfa en letal sueño,  
Surca la Estigia en el nadante leño.

Es comun voz, que en la desierta arena,  
Por donde el Estrimon corre sonando,  
Él siete meses sin cesar su pena  
Estuvo sobre un risco lamentando.  
Y en las grutas con triste cantilena  
Renovó su dolor, y al eco blando  
Vió sus troncos mover el bosque denso,  
Su saña el tigre mitigó suspenso.

Cual triste ruiseñor los aires hiende  
Con su voz en el álamo escondido,  
Si sus hijuelos el pastor sorprende,  
Y los roba cruel al dulce nido,  
Gime de noche, y otra vez emprende  
Desde una rama el canto dolorido,  
Y á sus lúgubres trinos penetrantes  
Hace sonar los ámbitos distantes.

Ni mas amores consintió su duelo,  
Ni mas tea nupcial; solo corría  
Por la márgen del Tánaís entre hielo,  
Que desde el polo el aquilon envía.  
Y allá, do siempre el aterido suelo  
Cubre el Riféo con su escarcha fría,  
La pérdida lamenta de su esposa,  
Y el vano don de la inflexible diosa.

Vieronle esquivo desdeñar su encanto  
Las que beben del Hebro los raudales,  
Y mientras fingen culto sacrosanto  
Tributar á los Dioses inmortales,  
Mientras la noche con oscuro manto  
Animaba las libres Bacanales,  
Frenéticas sembraron por el prado  
Los miembros del Garzon despedazado.

Mas cuando la cabeza, dividida  
Del albo cuello de marfil, rodaba  
Con las olas del Hebro confundida,  
Débil la voz á Eurídice llamaba:  
La lengua fría, al despedir la vida,  
¡Ay infeliz Eurídice! esclamaba,  
Y «Eurídice» á su queja lastimera  
Resonaba del Hebro la ribera.

M. U. y D.

### *Alucinacion !!!*

Quien no ha estado alguna vez en una iglesia  
al anochecer ó ya de noche cuando la blanca, la  
monotona claridad del dia, no se mezcla á la de  
mil luces, rogizas, picantes, inquietas, vibrantes,  
que se mueven y brillan como un incendio y es-  
parcen un calor que embriaga!

Quién entonces, alguna vez, no se ha sumer-  
gido, en la soledad de la muchedumbre? Y ¡ay!  
cuanta soledad, en aquel profundo silencio. Cuan-  
ta soledad y aislamiento en todas aquellas ca-  
bezas inclinadas, cada cual solitaria, en aquel  
millar de bocas que dirigen al mismo Dios, el  
mismo ruego; silenciosa, misteriosamente por-  
que él oye las palabras que no se pronuncian con  
tanta claridad como vé los pensamientos! Como  
se eleva el alma y se lanza religiosa, convencida,  
pía, llena de fé, y sin pasiones en un cielo  
que no se vé, pero que se comprende en aquellos  
momentos de extasis, aunque luego se borre de  
la memoria.

Como se eleva y se vé el corazon puro, vago,  
rápido como la paloma de la escritura, fiel, ar-  
diente como la columna del desierto!

Pero alguna vez tambien, el pensamiento baja  
á la tierra, y por una caprichosa cuanto inespli-  
cable mezcla de sus pensamientos y de su esencia  
divina y de su naturaleza humana, conserva algo  
del entusiasmo del aura del templo sin olvidar su  
cuna del lodo. Y da matices indefinibles de colo-  
res místicos y celestiales á sus ideas terrestres.



Vaga entonces á una region intermedia que une algo de una y otra esencia. Suele pasar á el amor divino con todas las formas de la vida perecedera, y á el amor terrestre, puro, casi celestial, con toda la metafísica de la vida eterna. Vé una compañera como un ángel del cielo, esbelto, diáfano, hijo del mas puro perfume de la palabra de Dios, hijo de la mente del Altísimo! y vé un ángel, como una vírgen modesto, puro, inmaculado, de formas armónicas, de semblante modesto y virginal, aura de rosas, vapor fragante!

Yo tambien he sentido estas impalpables ráfagas de sentimiento, esta doble armonía del alma no hace muchos dias.

Inmóvil, apoyado sobre un pilar del templo, repasaba en mi mente, escuchaba en mi oido ciertas palabras que me decia el cielo. Yo las he oido claramente, y aunque ya las he olvidado, recuerdo que habia una vida entera en cada una de ellas--un misterio, una profecía. La menor hubiera bastado á conmover un imperio, el mundo mismo sobre su ege invisible y afianzado. ¡Qué de secretos! ¡qué de poesía! ¡qué de misterios revelados en cada una de aquellas palabras! La sola memoria de que las comprendí entonces me hace temblar y me asusta como la de un terremoto. Yo las escuchaba atentamente; mis ojos fijos, inmóviles, mi vista perdida en aquel mar de cabezas orando, no veia, no sentía; el espíritu estaba lejos y habia dejado al cuerpo solo y abandonado como un cadáver. Mi chispa celeste, el germen de otro mundo, habia ya casi roto el hilo que la encadenaba..... cuando un lazo invisible, un solo movimiento pronto como un relámpago me bajó á la tierra desde mi quinto cielo. Él solo disipó todas las visiones que pasaban delante de mis ojos: hizo callar la voz celestial que me hablaba al oido: aquel movimiento fué para mis ojos paralizados, como una noche oscura. Me deslumbró, me arrastró la vista y se la llevó consigo, atrayendo en pos á mí espíritu que tan lejos vagaba. Volví á la tierra y volví á ser hombre. ¡Yo que ya habia puesto un pie en el cielo!

Este movimiento que no puedo maldecir, fué el de una cabeza que se volvió un solo instante en medio de aquel mar de otras. Una cabeza de mu-

ger, con apariencias de ángel; una cabeza de Rafael, de Murillo, de Correggio: llena de poesía, de bello ideal, de genio! una de aquellas cabezas que se aparecen alguna vez en sueños, en medio de nubes de color de fuego. ¡Ah! qué hermosa, qué linda cabeza! exclamé yo enagenado.—¿Cuál? preguntó un jóven con lente y muy amigo mio que se habia puesto á mi lado.

Yo no respondí; voló el templo, deseché la oracion y no ví mas sino aquella cabeza. Todo mi ser se acogió á no se que órganos nuevos que participaban de vista y memoria, y se esforzaban en pintarme lo que habia entrevisto un momento! ¡ay! se habia vuelto un solo instante: fué una exalacion. Ya entonces oraba sumergida en la masa, y no se volvia á mi lado.

Pero mis ojos estaban como elevados y procuraban ir mas allá de aquella mantilla y de los rizos que se trasparenteaban por el encage y que se recortaban negros sobre el fondo brillante del altar.

Cuan largos fueron los instantes en que su segundo movimiento me enseñó de nuevo aquel perfil divino!

—¿Cuál? volvió á preguntar mi amigo.

—Mira, le respondí, no se ha vuelto mas que un solo instante, no ha podido verme; ni me hubiera reparado en medio de tantos, en este rincon, á la sombra de esta columna, y sin embargo parece que me ha visto. Que sentido le habrá dicho que hay uno aqui que ya le ha mirado, que repasa y devora en la memoria las gracias que ha entrevisto. — ¡Bah! dijo mi amigo limpiando el lente con su guante de castor. Y yo seguí mezclando mis pensamientos metafísicos del templo con los debilmente teñidos de terrestres.

—Este segundo movimiento, creeme, fue una consecuencia natural y aun necesaria del primero. — El primero, ciertamente, fué casual. Pero ahora hay algo en el *ser* que la dice hay uno que la mira y desee verla. No ves como arregla los rizos? No ves esos movimientos graciosos de su mano, semi-naturales, semi-estudiados, y esos matices imperceptibles de todos ellos, que no habia antes, y que son porque reconoce que la miran y la observan?



—¡Qué locura! dijo, dejando caer desde la altura de sus ojos, el lente que se sostenía por un artístico estudio en las cavidades del hueso occipital, y que así precipitado quedó oscilando pendiente de un grueso cordón de pelo rubio.

—¡Locura! ¡si, es verdad, tú no puedes verlos; tú estás fuera de ese aura de simpatía en que yo estoy sumergido, fuera de esa corriente magnética que se lleva mis miradas y me trae todos sus pensamientos!

Efectivamente. Yo no soy fátuo, ni presumido y juro que aquellos movimientos que comprendía con una facilidad inexplicable, me hablaban de deseo de agradar y eran tan cariñosos como palabras de amor.

¡Tachar de locura, la más esquisita percepción y perfectibilidad de los sentidos! ¿Por qué mis miradas de fuego, que llevaban toda un alma, toda la parte esencialmente sensible del ser, no habían de hacer impresión sobre aquel tejido celular sensible y eléctrico? ¿Por qué cada uno de aquellos poros de cristal no había de recoger toda la electricidad que llevaban mis miradas? ¿Por qué no había de ver y sentir tan fácilmente como los ojos y el oído? ¿Y por qué no habían de hablarle tan fácilmente como á mí sus movimientos?

Cuando un sonámbulo anda con los ojos cerrados y evita cuidadosamente todos los obstáculos y tropiezos, y anda por sitios peligrosos sin el menor desliz, ¿no es porque su potencia visual existe entonces en otros órganos que en los ojos? En el estómago, por ejemplo, como en alguno de los sueños magnéticos, y ¿por qué aquel serafín no había de ver por su espalda?

—¡Cierto!!! dijo mi amigo con alguna parte de ironía.

Y proseguí yo: —He oído de un epiléptico que se agitaba en las convulsiones horribles del mal y gritaba descompasadamente, por más que los circunstantes y el médico procuraban acallarlos. Y como es frecuente en aquella enfermedad, no comprendía ni daba señales de oír nada de lo que le decían. — Pero en uno de aquellos esfuerzos, y por la oposición que oponía el médico á sus convulsiones, llegó éste á hablarle en ocasión que tenía puesta la mano sobre el estómago del pacien-

te, el que respondió al momento: —Tranquílcese V., Sr. doctor, que procuraré contenerme.

Varias veces se repitió la misma prueba, y nada oía el enfermo mientras no hubiese algún contacto de parte del que hablaba con su estómago. Lo que prueba indudablemente que éste tenía el órgano auditivo en aquella víscera. — Y ahora bien, ¿por qué mis miradas no han de poder desarrollar un órgano visual en los nervios sensibles de las espaldas desnudas de ese hermoso ángel? Puedes burlarte; pero por mi parte no tengo la menor duda de que ahora me ve y me oye. — De donde concluyo por consecuencia directa é inmediata que el amor, la presunción ó el deseo de agradar en una mujer, es un escitante que puede causar el mismo efecto que una epilepsia ó la más fuerte columna magnética: es decir, desarrollar nuevos órganos y hacer nacer una existencia nueva y excéntrica de la antigua en todas sus partes principales y accesorias.

—Es verdad: dijo mi amigo distraído y dirigiendo el lente á la parte opuesta.

Pero en tanto seguían aquellos movimientos, aquellas señales inexplicables, indescriptibles, indefinibles, que nos dicen que una mujer sabe que la miran tan claramente como si lo dijera con palabras: esto si alguna vez sus palabras confieran este sentimiento. Nadie sabe en que consiste, pero todo hombre que ha mirado y admirado á una mujer, como no sea muy torpe, conoce, sin saber en qué, si ella lo ha conocido, si la agrada, tan fácilmente como una mujer conoce á la primera mirada si ha gustado, y descubre si aquella mirada tiene la más mínima liga de otro sentimiento que el *mirar*: si ha producido sobre la retina otra impresión más, que la representación de su imagen; y si de la retina ha pasado al corazón..... al alma..... al..... No importa.

Volvió por dos veces la cabeza y sus ojos se dirigieron constantemente al rincón á donde yo estaba, sumergido en la oscuridad que proyectaba la columna, sumergido en aquel mar de gente. Ciertamente había algo más que de casual en aquellas dos miradas, en aquellas miradas cortas, informes, apresuradas, como temerosas: en aquellas miradas de pudor, vergonzosas, pero fijas y



tiernas que imploraban piedad, compasion, llenas de persuasion, de elocuencia, de convencimiento de su debilidad. Cada una hablaba y me decia una conversacion entera de amor y de abandono de cariño, una de aquellas conversaciones con las manos enlazadas, con la cabeza sobre el hombro, con interrupcion de suspiros, de miradas, de caricias, de besos, de pudor..... yo soy una paloma, un silfo, que vive de aura, de amor, una flor que respira el rocío, un ángel que se mantiene de la bondad de Dios; un soplo, un rayo de luz, una mirada me aja. ¡Piedad y amor!

—¡Y quién no te adorará! dije yo en un tono que llamó la atencion de los circunstantes.

Pero ya en esto se habia acabado la oracion; cesó el órgano: la muchedumbre empezó á moverse, á levantarse, á agitarse en diferentes sentidos como un mar tempestuoso. Y yo en pie miraba solo á *ella*, veia pasar á la gente á mi alrededor, como esas fantasmas que acompañan á los sueños, distraido, sin ver; solo *ella* me encadenaba, me sentia impulsado hácia *ella* por no se que fuerza que me lanzaba, y á la que no podia resistir sin grande esfuerzo. Ella, en fin, era mi punto de atraccion, y no se si esta sensacion fue comun á ambos; porque por su parte, se dirigia hácia mí directamente.

No pude menos de hacérselo reparar á mi amigo; pero no me entendió, ni pudo, ni era digno de comprenderme. Yo me perdía en mis cálculos y resistia con trabajo á aquella fuerza que me arrastraba. Porque ¿qué iman, qué atraccion newtoniana puede compararse á la que sentiamos? Y no me quedaba ya duda que era yo el objeto, el punto á que ella se dirigia, porque sus ojos estaban tan clavados en los míos, y parecia observarme tan fijamente al mismo tiempo que se acercaba, que en medio de toda la dicha que sentia y rebotaba de mi corazon, en medio de afectos tan diversos, no dejaba de turbarme un poco aquella mirada fascinadora á pesar de cierta desvergüenza natural y artificial que debo al trato de gentes. Y no dejaba de embarazarme y perderme en mis cálculos é ideas, la conciliacion de aquella mirada fija y decidida, con las primeras tímidas y vergonzosas. No podia conciliar el pu-

dor y timidez que espresaron aquellos, con la seguridad soldadesca de las últimas. Las primeras eran de un siervo y estas de un señor.

No sé si por disimular la turbacion que hizo nacer en mí estas contradicciones de pensamientos, intenté sonreirme en el momento que se me acercaba directamente.

Pero ni aun pareció repararlo y me derrotó completamente: siguió con paso firme, sin mover la cabeza, de un modo tan extraordinariamente desvergonzado que echó á pique una gran parte de mis ilusiones, y caminó tan impavidamente, que yo absorto y distraido en aquella multitud de ideas contradictorias, no advertí que se acercaba, y no pudiendo apartarme bastante pronto, llegó y dió un tan fuerte encontronazo conmigo, que me sacó de mi abstraccion.

Aquel empujon fue tan fuerte, tan robusto, que no me dejó duda que venia de un cuerpo material, mortal, sin nada de aereo ni fantástico, y para acabar de destruir de un golpe el resto de mi ilusion oí una voz que me dijo:—¿Por qué no se aparta V. caballero? no sabe que mi pobre hija es ciega?

En el instante sonó á mi derecha una ruidosa carcajada, que dió mi amigo haciendo voltear el lente y enrollando por este movimiento su magnífico cordon alrededor del dedo índice. Y me incomodé agriamente cuando me dijo:—¿ves como te habia distinguido entre todos? ¿ves como se dirigian á tí sus miradas? ¿ves como las sentia por cada uno de los poros de sus espaldas?....

—Si, si, las sentia, le dije con rabia. ¿Esto mismo no lo prueba? ¿Si ella no podia verme que otra cosa que esa fuerza ó simpatía magnética, que esa corriente eléctrica que nos unia y nos ponía en contacto pudiera decirle todos mis secretos, decirle que yo la miraba, que me agradaba, y pudiera dirigir sus miradas hácia mí, y sus pasos hácia mi sitio? ¿No es esto un principio en apoyo de mi creencia? ¿No se funda esta misma creencia en el convencimiento que sin poderme ver, me adivinaba y me buscaba?

Y si me hubiera visto podria haber advertido mi deseo de verla y agradarla, podria por curiosidad, presuncion ó amor buscarme y observarme



Pero no hay duda; ciega como es, es otro instinto, nuevamente despierto por alguna de las causas que te he dicho, el único que pudiera advertírselo.

Mucho, mucho mas le dije; él se calló y nada tuvo que responder; no sé si él quedaria convencido, creo que sí.

Pero yo, por mi parte, juro que en aquel momento ya no estaba persuadido de lo que decia.

Pregunto ahora, siendo mis razones bastante sensatas, ¿por qué la misma razon que me las dictaba, por qué el mismo principio que apoyaba y daba su valor innegable á mis argumentos estaba fundado en un *su no haberme visto*? ¿Por qué fue éste el mismo que los destruyó completamente en el fondo de mi corazon y mi juicio?

¿No hace creer esto que tenemos una percepcion intima de la verdad, y que á pesar de todo el oropel de nuestra imaginacion, un órgano desconocido é instintivo nos la revela entre los brillantes sofismas que fabrica nuestra imaginacion sin contar con el alma y con la voz divina é innata del corazon?

Y esta misma percepcion que yo creo descubrir ahora, ¿no será quizás uno de esos mismos brillantes sofismas, que necesitan un desengaño por inspirarnos dudas?

Todos somos ciegos, esta verdad es indudable.

Y otra verdad tambien, es que nuestra educacion, civilizacion, ó el abuso de nuestras facultades intelectuales, apaga cierta chispa que recibimos de Dios y nos sumerge en tinieblas, donde vemos luces fosfóricas que brillan engañosamente y solas para nuestros ojos.

J. BERMUDEZ DE CASTRO.

## La Queja.

¡Ingrata! no me respondes.....

¿O una firme voluntad,

Como los años fugaces,

Sujeta á mudanza está?

¿Eres tú la que escribieras

(¡ Oh memoria pertinaz !)

«Que estaban mal apagadas,

Cenizas de hoguera tal» ?

¿La que me mandaste un día

«Que para tu propia paz

Dejase ya de escribirte,

Pues no te podia amar» ?

¿La que ingénua, confesando

Las artes con que el rapaz

Sedujo á dos corazones

Que meditó separar;

«Tal vez un día, dijiste,

Mi lábio fiel y veraz

Logrará satisfacerte,

Y tú me satisfarás?»

Pues bien, ya llegó este día:

¡Oh no llegará jamas,

A costa de haber perdido

El ser mas angelical!

Pero llegó; y cuando busco

Consuelos en mi penar,

¿La amistad, único apoyo,

A un triste le faltará?

Si: tu obstinado silencio

Me indica ya sin disfraz

Que te pesa haber amado

Al mas infeliz mortal.

Confunde pues los testigos

Que contra tí depondrán,

¡Ingrata! de que mentiste

Simulando ingenuidad.

¡Ay! su vista me atormenta:

Pues pienso en mi duro afan

Que un papel es mas durable

Que quien le pudo dictar.

Á tu poder volverélos:

Que no es bien que donde están

Quizá te causen la pena

De que los puedo apreciar.



Pero tu quietud recobra :  
Que si mi mano incapaz  
Es de darlos á las llamas ,  
Porque allí tu nombre está ;

Luego en la tuya , romperlos  
Con satisfaccion podrás ,  
Y el débil hilo con ellos  
Que á la vida me une ya.

Pero ; qué digo infelice !  
¿ Moriré con el pesar  
De que entre mis males tantos  
Aun me restaba este mal ?

Ser amado es mi delicia :  
Mi existencia está en amar :  
Dime al menos que me amaste.....  
Y..... nada te pido mas.

M. DE REMENTERIA.

## Variedades.

Poco podemos decir de novedades teatrales en Madrid: de las dos traducciones, *El Marido de mi Muger* y *El Padrino por fuerza*, gustó mucho mas la primera que la segunda. Mas esperanzas fundamos en la imitacion de las *Vísperas Sicilianas*: allá lo veremos.

Bajo el título de *Cantos del Crepúsculo*, acaba de publicar el gran poeta Victor Hugo un nuevo volumen de poesías, que á juzgar por algunos fragmentos que de ellas hemos visto en los periódicos de París y por lo que aseguran los que las han leído, son un prodigio del arte. «Ahora mas que nunca, dice el Diario de los Debates, se hace Victor Hugo el poeta de las grandes pasiones, de las esperanzas sublimes, y de los nobles deseos en la tierra y en el cielo.»

Se ha representado en Paris en el teatro Frances el nuevo drama de Mr. Casimir Delavigne, de tanto tiempo atras anunciado, y cuyo éxito no ha desmentido las brillantes esperanzas que fundaban en esta composicion los admiradores del genio fecundo del autor de los *Hijos de Eduardo*.

El drama titulado *Don Juan de Austria*, es en efecto, si hemos de creer los análisis que publican los periódicos, una obra maestra; pero no queremos indicar aquí su argumento, por no privar al público de Madrid del placer de la sorpresa cuando le vea traducido y representado en esta capital, que probablemente será lo mas pronto que se pueda.

Acaba de abrirse en Perigueux una suscripcion dirigida á erigir dos estatuas á Montaigne y Fernelon, ambos naturales de aquella ciudad.

La ciudad de Bonn, patria de Beethoven, erigirá un monumento á la memoria de este gran compositor. El célebre literato Augusto Guillermo Schelegel preside á la junta que se ha nombrado para dirigir la ejecucion de este proyecto.

Por un olvido involuntario se suprimieron en la página 216 del último número del *Artista*, el título del Soneto que en ella insertamos y la firma de su autor. Esta composicion que nos ha sido remitida de Granada con el encabezamiento de, «Soneto, escrito en la Alhambra;» es obra de un distinguido literato que la muerte ha arrebatado á sus amigos y á las letras. Llamábase Don C. R. de Berlanga.

Nos apresuramos á reparar esta inadvertencia involuntaria, deseosos de que siempre se dé á cada cual lo que le corresponde.

ESTAMPA:

Una escena del Quijote.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



GOYA.



Pero tu quietud recobra:  
Que si mi mano incapaz  
Es de darlos á las llamas,  
Porque allí tu nombre está;

Luego en la tuya, romperlos  
Con satisfaccion podrás,  
Y el débil hilo con ellos  
Que á la vida me une ya.

Pero ¿qué digo infelice!  
¿Moriré con el pesar  
De que entre mis males tantos  
Aun me restaba este mal?

Ser amado es mi delicia:  
Mi existencia está en amar:  
Dime al menos que me amaste.....  
Y..... nada te pido mas.

M. DE REMENTERIA.

### Variedades.

Poco podemos decir de novedades teatrales en Madrid: de las dos traducciones, *El Marido de mi Muger* y *El Padrino por fuerza*, gustó mucho mas la primera que la segunda. Mas esperanzas fundamos en la imitacion de las *Vísperas Sicilianas*: allá lo veremos.

Bajo el título de *Cantos del Crepúsculo*, acaba de publicar el gran poeta Victor Hugo un nuevo volumen de poesías, que á juzgar por algunos fragmentos que de ellas hemos visto en los periódicos de París y por lo que aseguran los que las han leído, son un prodigio del arte. «Ahora mas que nunca, dice el Diario de los Debates, se hace Victor Hugo el poeta de las grandes pasiones, de las esperanzas sublimes, y de los nobles deseos en la tierra y en el cielo.»

Se ha representado en Paris en el teatro Frances el nuevo drama de Mr. Casimir Delavigne, de tanto tiempo atras anunciado, y cuyo éxito no ha desmentido las brillantes esperanzas que fundaban en esta composicion los admiradores del genio fecundo del autor de los *Hijos de Eduardo*.

El drama titulado *Don Juan de Austria*, es en efecto, si hemos de creer los análisis que publican los periódicos, una obra maestra; pero no queremos indicar aquí su argumento, por no privar al público de Madrid del placer de la sorpresa cuando le vea traducido y representado en esta capital, que probablemente será lo mas pronto que se pueda.

Acaba de abrirse en Perigueux una suscripcion dirigida á erigir dos estatuas á Montaigne y Fenelon, ambos naturales de aquella ciudad.

La ciudad de Bonn, patria de Beethoven, erigirá un monumento á la memoria de este gran compositor. El célebre literato Augusto Guillermo Schelegel preside á la junta que se ha nombrado para dirigir la ejecucion de este proyecto.

Por un olvido involuntario se suprimieron en la página 216 del último número del *Artista*, el título del Soneto que en ella insertamos y la firma de su autor. Esta composicion que nos ha sido remitida de Granada con el encabezamiento de, «Soneto, escrito en la Alhambra;» es obra de un distinguido literato que la muerte ha arrebatado á sus amigos y á las letras. Llamábase Don C. R. de Berlanga.

Nos apresuramos á reparar esta inadvertencia involuntaria, deseosos de que siempre se dé á cada cual lo que le corresponde.

#### ESTAMPA:

Una escena del Quijote.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



GOYA.



